

PALESTINA E IRAQ EN EL NUEVO ORDEN REGIONAL

Eugenio Chahuán Chahuán

Universidad de Chile

El choque de civilizaciones que George Bush y sus validos están tratando de fabricar como cobertura para una guerra preventiva por petróleo y hegemonía contra Iraq va a dar lugar supuestamente a un triunfo para la construcción nacional democrática, el cambio de régimen y la modernización forzada “a la americana”. No importan las bombas ni los estragos de las sanciones que no se mencionan. Esta será una guerra purificadora, cuya meta es derrocar a Sadam y a sus hombres y reemplazarlo con un mapa redibujado de toda la región.

Edward Said

Una de las ideas más arraigadas de la sociedad occidental de la acción política islámica es la noción de “guerra santa”, que más bien corresponde a una traducción del concepto de cruzada y que en los textos islámicos se refiere principalmente a connotaciones y contextos judíos y cristianos.

El término *Yihad* significa “esforzarse en el sendero de Dios”, es el esfuerzo físico y moral que el hombre desarrolla para realizar sus obras, ya se trate de actos de adoración o de culto, ya sea realizando las acciones necesarias para el desarrollo del conocimiento del mundo de la religión o de la ley, o participando en una acción bélica sólo en defensa de la comunidad musulmana o del territorio islámico. Los juristas y teólogos musulmanes, hoy en día, hacen hincapié en los aspectos espirituales y éticos del *Yihad*.

De acuerdo con las enseñanzas musulmanas, el *Yihad* es uno de los mandamientos básicos de la fe, una obligación que Dios ha impuesto, a través de la revelación, sobre todos los musulmanes. La base de la obligación del *Yihad* es la universalidad de la revelación musulmana. La palabra de Dios y el mensaje de Dios son para toda la humanidad.

Sin lugar a dudas, en la construcción del imaginario occidental negativo sobre los árabes y el Islam, los medios de comunicación desempeñan un rol determinante,

sobre todo, cuando están al servicio de intereses coloniales o de ideologías expansionistas de orden militar, económico o valórico que preconizan la demonización del otro, situación que se profundiza como consecuencia del colapso del sistema Este-Oeste. Fue un viraje decisivo en la autolegitimación. Si ahora el otro occidental había desaparecido como superficie para la proyección de la antítesis de la sociedad misma, surge una amenaza, como lo es, la pérdida de una parte en la descripción del “nosotros”. La guerra del Golfo, que fue orquestada propagandísticamente, ya desde agosto de 1990, fue utilizada para cerrar esta brecha.

La antítesis que es constitutiva de la identidad occidental se hizo incluso más radical. El Islam fue identificado como el principio del Oriente, como la realización del fundamentalismo irracional y anti-ilustrado, como una construcción universal que quiere dominar no solo la ideología, sino también, de un modo envolvente, la sociedad, la cultura, el estado y la política. El Islam es entendido no solo como la antítesis ideológica, sino como la antítesis cultural totalizante de Occidente y de su identidad universal. En este sentido, el Islam se convierte en el fundamento del anti-occidentalismo, la anti-modernidad y de la anti-civilización inclusive.

La necesidad psicológica del “nosotros” de crear su identidad mediante la confrontación con, y la discriminación de, “el otro” es, en este caso, de doble uso: por una parte, es la base de la propaganda chovinista y xenófoba contra el Oriente, el Islam, los árabes y tantos otros, y por otra parte, el Islam es presentado como una amenaza para la seguridad de Occidente.

Estos argumentos desvían la atención del análisis de las causas reales de las crisis sociales y económicas, permaneciendo los problemas de miseria, destrucción ecológica y desastre económico en el Oriente.

Al crear el nuevo antagonismo, Occidente-Oriente, racionalidad-irracionalidad, modernidad-tradicionalismo –por medio de la identificación superficial del “nosotros” y del “otro” en virtud de argumentos culturales, pero, en el fondo, sobre una base racista– equivale a negar el hecho de que Occidente ha sido desde hace mucho tiempo una sociedad auténticamente pluricultural. El peligro del discurso cultural del presente en contra del Islam, que es, en su núcleo, un discurso racista que mete en un mismo saco, sin distinción, a todas las gentes “de aspecto diferente”. Identificar al “otro” con la amenaza islámica hace de la imagen interior del enemigo algo perfecto. La contrapartida de esto es que esta clase de discriminación genera reidentificación en la otra parte. Quiero decir, la difusión de esta errónea dicotomía puede servir peligrosamente como profecía autocumplida: aquellos que se ven marginados y etiquetados con la nueva imagen del enemigo se verán más o menos forzados a reconstruir su identidad del otro lado.

Sobre esta base de análisis, ciertos especialistas americanos y europeos en relaciones internacionales han desencadenado una Guerra Fría que supone la confrontación ineluctable (en gran parte imaginaria, pero posteriormente real), entre Occidente y el mundo musulmán. Este último se asocia, en la opinión pública occidental, pero también en las elites sociales dominantes de todo el mundo, al

terrorismo, al integrista, a la guerra y a la ausencia total de cualidades morales o políticas. El poeta Nizar Qabbani señaló años atrás en forma profética: *“Terrorismo es la palabra que ocupan los opresores para difamar la lucha de liberación”*.

El islamismo se está fortaleciendo. Pero es muy fácil entender que este fortalecimiento es resultado de décadas de exploración, frustración política y discriminación. Esto es lo que le da fuerza a los movimientos islamistas.

Si es evidente que los problemas de hoy tienen un origen social y que se ven reforzados por procesos económicos y políticos en curso, entonces su única solución es una política social llevada a cabo a un nivel verdaderamente transnacional, a través de una política de cooperación, sobre todo en el ámbito de la economía, acompañada por una sincera y equitativa cooperación en el campo de la política, con elevada prioridad de la cultura. Si el Occidente es tan racional como pretende, debería contemplar racionalmente las causas de los problemas y buscar soluciones racionales en lugar de encerrarse a sí mismo en cierto irracionalismo equipado con instrumentos inadecuados y antihumanistas como los ejércitos y las bombas.

El auténtico debate sobre lo fundamental, los aspectos relevantes de la actual crisis del mundo árabe se evitan, se sustraen y son reemplazados por unos de corte mediático, o más bien propagandísticos donde son frecuentes los slogan, tales como “los palestinos e iraquíes es gente inferior que son más felices y libres bajo ocupación”.

La situación de ocupación y guerra que vive Palestina e Iraq toca a toda su población, a todos esos hombres y mujeres árabes que como consecuencia de la política de reafirmación imperialista que están llevando a cabo Estados Unidos e Israel en la región medio oriental, ven como los paradigmas de la libertad, de la democracia y los derechos humanos se convierten en conceptos vacíos expresados por la potencia hegemónica.

Las estrategias de recolonización y desintegración que están desarrollando Estados Unidos e Israel en el mundo árabe se encuentran en un punto de inflexión particularmente en Palestina e Iraq; Oriente Próximo es un campo de batalla de primer orden estratégico para EE.UU. Iraq y Palestina son las dos zonas críticas de agresión y de resistencia

Las motivaciones israelí-norteamericanas de este plan de acción están fundadas en diversas variables conectadas entre sí que se potencian recíprocamente en sus motivaciones y efectos. La primera de ellas está relacionada con los intereses del sionismo, las otras están vinculadas con las necesidades energéticas norteamericanas, la imposición del nuevo orden mundial y la globalización –cuyos efectos devastadores arrojan una dramática estadística en ambas sociedades¹.

¹ Maati Ahtisari, Subsecretario de la ONU, 2 UN/SC doc. S/22366, 20 marzo 1991, párrafo 8. “[...] Nada de lo que habíamos visto o leído nos había preparado para [...] la devastación

En lo que atañe al primer factor, tiene su origen en la *likudizacion* de la política israelí, por la cual la seguridad de Israel no puede darse a largo plazo si no se destruye la identidad árabe-islámica regional, o si siguen existiendo en la región estados o entidades árabes relativamente potentes. La seguridad del Estado sionista requiere la transformación de la identidad civilizacional de la región en una identidad geoestratégica y económica medio-oriental, así como la transformación de sus estructuras políticas y sociales en un mosaico localista y dividido en estados subordinados. Por ello, la seguridad del Estado sionista a largo plazo requiere la puesta en práctica de un proyecto de disgregación, con el objeto de crear un vacío regional que permita a la entidad sionista jugar en el terreno político, económico, cultural y de la seguridad el papel de poder regional².

El plan sionista de desintegración se enmarca en el proyecto de globalización neoliberal, cuyos límites vienen impuestos por las multinacionales y las instituciones internacionales, caso del Banco Mundial o el FMI, la OMC y los medios de comunicación. El establecimiento de este nuevo orden regional pasa por la extinción de la identidad civilizacional de la región y la transformación de identidad árabe en una identidad medio oriental, como señalamos en el párrafo anterior, y por la destrucción de los grandes estados árabes del entorno, con el objetivo de eliminar los obstáculos existentes en la zona para el logro de sus intereses, los que son indudablemente Egipto, Siria, Arabia Saudita, por ser los países que dirigen la toma de decisiones a nivel árabe desde la segunda guerra del Golfo.

que ha acontecido en el país. El reciente conflicto ha producido resultados casi apocalípticos [...] Iraq ha sido relegado, por mucho tiempo, a la era preindustrial" (Los bombardeos sistemáticos de EE.UU. y Gran Bretaña y el bloqueo impuesto a Irak desde 1991 han causado más de un millón de muertos).

Desde el comienzo de la Intifada al 31 de diciembre de 2002, las pérdidas de vidas registradas se elevan a 2.898, de ellos 2.155 palestinos y 687 israelíes. Entre los 42.230 palestinos heridos durante el mismo período, 11.531 eran niños y 2.100 eran mujeres. 5.600 de los heridos padecerán de por vida, algún tipo de invalidez; de estos 1.100 son niños. Durante los últimos 27 meses, 18.061 palestinos han sido detenidos por el ejército israelí, 8.500 permanecen, hasta la fecha de hoy, en cárceles israelíes. Por otra parte, 712.619 árboles han sido arrancados y destruidos, bien por los tanques del ejército israelí o bien por los colonos, mientras que 37.295 casas fueron dañadas e incendiadas y de estas, 2.735 fueron destruidas completamente.

² Ibrahim Alloush "Al-Jatar al-Akid: al-Urdun wal-istriyatiyyah al-sahyuniyyah fi al-mintaqah al-arabiyyah". Al-Sawt al-Arabi al-Hurr, *Jordania y la estrategia sionista en el Mundo Árabe*. La Voz Árabe Libre, Aman, Jordania, 2002.



Mapa 1: Países árabes e islámicos. Philippe ReKacewics. *Le Monde Diplomatique*.

El mapa del “nuevo orden regional”, que se pretende imponer, es un viejo trazado norteamericano-sionista, cuya existencia se puede verificar en varios documentos de los Departamentos de Estado norteamericano e israelí. El Subsecretario de Defensa de EE.UU., Paul Wolfowitz y el resto de los *halcones* de la guerra están sin duda en deuda con el historiador de Princeton, Bernard Lewis, quien no solo ha proporcionado una justificación histórica para la “guerra contra el terrorismo” de Washington, sino que ha emergido como el principal ideólogo para la recolonización del mundo árabe a través de la guerra contra Iraq. La obra de Lewis, especialmente su libro *What Went Wrong: Western Impact and Middle Eastern Response*, ha sido la principal fuente de lo que es prácticamente un manifiesto para quienes abogan por la intervención militar de EE.UU. para “establecer la democracia en Oriente Medio”. Al declarar que los pueblos de Oriente Medio (es decir, los árabes y los persas) han fracasado en alcanzar la modernidad y han caído en “una espiral de odio y rabia”, Lewis exculpa de un plumazo a las políticas imperiales estadounidenses y proporciona un imperativo moral a las doctrinas de los “ataques preventivos” y del “cambio de régimen” del presidente Bush³.

³ Edward Said, Lamis Andonis, *Al-Ahram Weekly*, núm. 616, 12/18 diciembre de 2002.

Por su parte, las fuentes israelíes dan cuenta de la misma estrategia. En un artículo publicado en la revista *Kfanim (Tendencia)*⁴, informa la posición oficial de la Organización Sionista Mundial, insistiendo en la necesidad de desarticular a los países árabes, tales como Egipto, Siria, Iraq y Arabia Saudita, y del establecimiento de un Estado que sustituya a la actual Jordania. Este proyecto de desintegración del área se enmarca dentro del proceso de inserción de la zona en la economía mundial. El discurso utilizado hace referencia a los paradigmas de democracia, derechos humanos, lucha contra el terrorismo, guerra preventiva, entre otros.

Desde su creación en 1948, Israel ha debido hacer frente a la realidad de ocupar por la fuerza un territorio –el palestino– para cuyo desarrollo ha sido imprescindible la asistencia financiera de EE.UU. El desarrollo de la economía israelí –asociado al mito del modelo colectivista de los kibutztes y a la transformación del desierto en un vergel por los colonos judeo-europeos– solo ha sido posible gracias a la inyección de miles de millones de dólares norteamericanos⁵, previo desalojo masivo y militar de la población oriunda palestina⁶.

Sin embargo, mientras el proyecto colonial del sionismo solo ha podido realizarse desarrollando un desproporcionado potencial militar –de nuevo gracias a la ayuda norteamericana– que lo hace hegemónico en la región. Israel tiene 5,8 millones de habitantes, es decir, una milésima parte del conjunto de la población mundial. Entre los años 1949 y 1998, EE.UU. ha proporcionado un total de 84 mil millones de dólares en ayudas a Israel, cifra que excede la ayuda proporcionada a todos los países del África subsahariana, de América Latina y del Caribe juntos, que cuentan con una población total de más de mil millones de personas⁷.

La inserción de la economía israelí en los mercados árabes constituye una de las claves que, junto con la apertura a la penetración económica de las grandes

⁴ Israel Shahak, revista *Kfanim (Tendencias)*. 1982, Israel.

⁵ James Petras, “Israel y Estados Unidos, una relación única”. *Nación Árabe*, Madrid, 2002.

⁶ La Proclamación del Estado de Israel en 1948 ha quedado asociada en la memoria colectiva de los pueblos árabes –particularmente del palestino– al Nakba, el Desastre, simbolizado por la pérdida de Palestina. Antes, durante y después del establecimiento de Israel, el pueblo palestino ha sido víctima de un plan premeditado de violencia y terror por parte de las fuerzas sionistas, que determinó que 417 aldeas fuesen destruidas, 531 localidades palestinas fuesen desalojadas y 780.000 palestinos se convirtieran en refugiados, con el objetivo de hacer realidad el primer gran mito fundacional del Estado de Israel: Que Palestina era una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra. Más de cincuenta años después, la realidad de Palestina sigue viva en los cerca de cinco millones de refugiados y desplazados que, desde el abandono y la miseria, siguen reclamando su derecho al retorno y el reconocimiento de sus derechos nacionales.

⁷ Clyde R. Mark, “Israel: U.S. Foreign Assistance”, *Congressional Research Service, U.S. State Department*, Washington, 2002.

multinacionales propugnada por el neoliberalismo del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, integran el diseño económico norteamericano del “Nuevo Orden Regional” para el mundo árabe. Este proyecto, que ha encontrado la aceptación de la mayor parte de los regímenes árabes, supone contrariar toda la lógica de la resistencia árabe al proyecto histórico del sionismo, que ha nutrido durante décadas la cultura política de los pueblos árabes y que está indisolublemente asociada al rechazo a la ocupación israelí y a la reivindicación de los legítimos derechos nacionales palestinos. Operando al margen de los escasos avances políticos que ha tenido el proceso negociador palestino-israelí, la inserción de Israel en las estructuras económicas árabes ha progresado en varios países árabes, gracias a la aceptación con que sus regímenes la han asumido bajo la batuta estadounidense. Sin embargo, la normalización de todo tipo de relaciones con Israel encuentra en los pueblos árabes su más firme opositor y cobra en ellos el símbolo de la resistencia, pues en el rechazo a las aspiraciones hegemónicas israelíes, su expresión popular sintetiza y conjuga la oposición al proyecto global neocolonizador del espacio árabe.

El Plan estadounidense orientado a garantizar el dominio de los importantes recursos energéticos de la región del Golfo Pérsico-Cáucaso-Asia Central –utilizando no únicamente sus instrumentos de política exterior, grandes capitales y empresas, sino también una cada vez mayor presencia militar directa– comienza a mostrar una naciente correspondencia en regiones del África subsahariana, especialmente en la zona del Golfo de Guinea. Curiosamente, en ambas proyecciones también aparece un importante nivel de conexión israelí⁸.

La resolución de utilizar a Iraq como segundo capítulo en la actual lucha contra el *terrorismo* y contra otros actores internacionales, tales como Irán y Corea del Norte⁹, que Washington considera como amenazas a la seguridad internacional, tiene como objetivo paralelo hacer avanzar los intereses norteamericanos de acceso y control sobre los enormes recursos energéticos de toda la región del Golfo Pérsico, el Asia Central y el Cáucaso. Este propósito se incorpora a toda una estrategia global que contempla un mayor involucramiento en las regiones del mundo que posean importantes reservas de petróleo y gas natural, esquema dentro del cual África subsahariana comienza a cumplir un progresivo rol¹⁰.

Las perspectivas y estudios de pronósticos tocantes a cómo se comportará el mercado de los energéticos en los próximos años indican regulares incrementos en el consumo global de todos los tipos de energía para los próximos 30 años,

⁸ Luis Mesa Delmonte y Rodobaldo Isasi Herrera, *Medio Oriente y África Subsahariana en la visión de la seguridad energética de EEUU: La conexión israelí*.

⁹ Massimo Calabresi, “*The Axis of Evil. Is it for real*”, Time, febrero 11, 2002, pág.12.

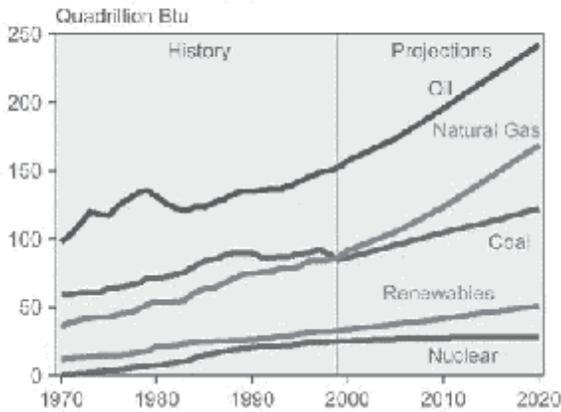
¹⁰ Mesa y Herrera, *op. cit.*

siendo los más notables los del petróleo y el gas, por lo que ambos continuarán teniendo una importancia trascendental para todos los actores internacionales.

En el caso particular de Estados Unidos, debemos tener en cuenta que en el año 2001 este país importó el 54% de sus necesidades energéticas. Un 48% provino del hemisferio occidental, el 30% del Golfo Pérsico (dividido en 18% para Arabia Saudita, 9% de Iraq y 3% de Kuwait) y un 15% de África. Esta tendencia de dependencia importadora seguirá aumentando hasta alcanzar un 62% en el año 2020. Para el caso europeo, las cifras son aún más alarmantes, pues se estima que para el 2030, el viejo continente, importará el 92% del petróleo que consuma, y el 81% del gas.

Este preocupante contexto, ha sido recogido ya sea en el documento *National Energy Policy*, del Presidente Bush, como en el llamado “Informe Cheney”, en los que se reconoce el impacto que la importación de energéticos tiene sobre el esquema de la seguridad nacional de Estados Unidos, por lo que se recomienda incrementar la producción nacional, explotar nuevas áreas, así como expandir y diversificar las fuentes de suministros energéticos. Aunque es cierto que los intereses del sector de la energía aparecen representados abrumadoramente en la actual administración estadounidense por figuras tales como Bush, Cheney, Rice, Norton, Evans, Khalilzad y muchos otros, podemos señalar que este factor no es de interés exclusivo de la misma, sino que tiene un carácter mucho más estructural. EE.UU. seguirá necesitando de estos recursos y le será imposible alcanzar la utopía del “freedom from foreign oil” (“libres del petróleo extranjero”).

Figure 6. World Energy Consumption by Fuel Type, 1970-2020

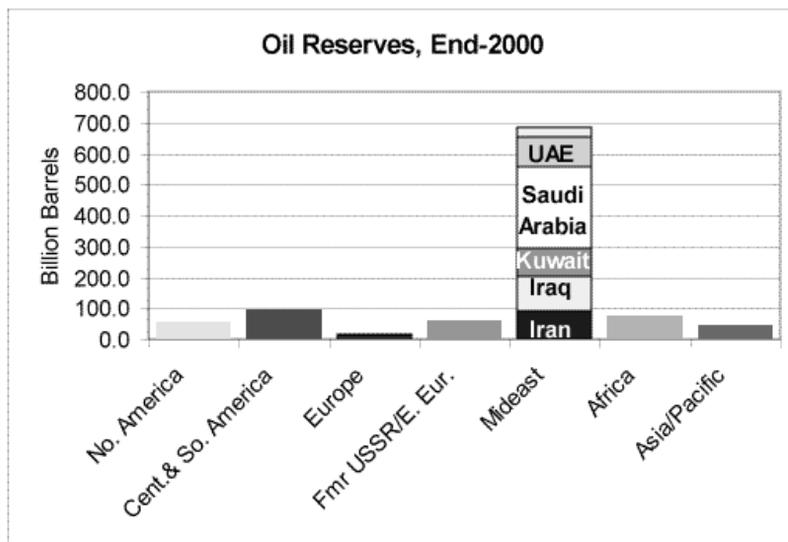


Sources: History; Energy Information Administration (EIA); Office of Energy Markets and End Use, International Statistics Database and International Energy Annual 1999, DOE/EIA-0219(99) (Washington, DC, February 2001) Projections: EIA World Energy Projection System (2002).

Dependencia energética y vulnerabilidad

EE.UU. está verdaderamente motivado y en condiciones de seguir reorientando su mercado para lograr suministradores múltiples y evitar con ello una dependencia elevada de algún punto potencialmente vulnerable, como lo puede ser el Oriente Medio, pero ello nunca significará que se aleje de la zona con las reservas más importantes del mundo; por el contrario, afinará sus mecanismos de influencia y dominio.

Es imprescindible, para todo análisis, considerar que la zona del Golfo Pérsico o Árabe posee el 65% de las reservas mundiales comprobadas de petróleo (unos 679 mil millones de barriles), y cuenta además con el 35% de las reservas de gas natural. Por otra parte, la región del Cáucaso y el Asia Central tienen reservas petroleras confirmadas cercanas a los 35 mil millones de barriles, aunque los más recientes estudios llegan a elevar los estimados posibles hasta 235 mil millones de barriles, que si bien son mucho menores que las del Pérsico, sin duda alguna se convertirían en los segundos volúmenes más importantes del mundo. Respecto al gas, si se suman las reservas del Cáucaso, Asia Central y Rusia, ellas representarían aproximadamente un 34% de las reservas mundiales, casi iguales a las del Pérsico.



La guerra que aún no termina

La guerra contra Iraq representa a escala regional la apertura de un nuevo ordenamiento geopolítico que afectará todo el espacio árabe, a sus pueblos y sus recursos,

y en el plano internacional, el desmoronamiento del orden jurídico que ha regido las relaciones internacionales desde hace cincuenta años.

Una vez *legitimada* la nueva doctrina militarista de *guerra preventiva*, tras la guerra global contra el terrorismo iniciada por la administración Bush en Afganistán, con la preparación de la intervención contra Iraq, EE.UU. ha puesto al descubierto sin rubor sus ambiciones hegemónicas y su determinación de ejecutarlas

La administración Bush parece determinada a hacer de la guerra contra Iraq no tan solo como la ejemplificación de su nueva doctrina militarista internacional de “guerra preventiva”, sino como el detonante que inaugure la vía para una amplia remodelación del conjunto de Oriente Medio, que incluiría el aplastamiento final de los palestinos, la aparición de nuevos Estados y la pérdida de influencia de los viejos aliados, Arabia Saudí y Egipto. Los pueblos del Oriente Medio árabe serán sometidos a una nueva y prolongada etapa de dominación imperialista, a un nuevo Sykes-Picot para el siglo XXI.

En esta remodelación pueden conjugarse la pretensión histórica estadounidense: el control del suministro y precio del petróleo y, con ello, la consolidación de su hegemonía política, económica y militar frente a potencias medias que –como la Unión Europea, Rusia o China– pugnan por penetrar los mercados de la región.

Este proyecto –para cuya ejecución la administración Bush pretende echar por tierra el ordenamiento legal internacional y político-territorial regional imperante desde la I Guerra Mundial– está siendo actualizado fundamentalmente por el vicepresidente Dick Cheney y el secretario de defensa Rumsfeld, máximos ejecutores de las directrices políticas y militares. Estos dos halcones de la administración Bush han recibido el asesoramiento de un grupo de expertos, entre los que se incluyen el subsecretario de Defensa, Paul Wolfowitz, su asistente, Douglas Faith y el ideólogo del Comité Asesor del Pentágono, Dick Perl. De acuerdo con Alex Fishman, Perl habría solicitado al Instituto Rand –una institución que durante décadas ha asesorado a las administraciones estadounidenses– un estudio sobre la estrategia de EE.UU. para Oriente Medio a la luz de la intervención contra Iraq. El estudio concluye explícitamente que “[...] la intervención militar contra Iraq es un ‘objetivo táctico’; Arabia Saudí es un ‘objetivo estratégico’ y Egipto es la ‘gran presa’¹¹.

Arabia Saudí, el objetivo estratégico

Afianzado el dominio político y económico sobre Iraq tras la instauración de un *gobierno* favorable a su estrategia, EE.UU. podría impulsar un cambio político en el interior de Arabia Saudí. La intervención contra Iraq no solo prefigura un cambio de régimen político en Bagdad y, con ello, un cambio de funcionalidad geoestratégica de este país en el escenario de Oriente Medio, sino con toda seguridad, remodelaciones fronterizas y cambios asimismo en el papel regional de otros Estados. Desde el más característico discurso globalizador, los expertos de la administración Bush entienden que la amenaza que afronta la cultura de EE.UU. –el terrorismo internacional– surge y se ubica en los modelos educativos, sociales y políticos que representan estos Estados, muy particularmente de Arabia Saudita.

Según el documento del Instituto Rand, el sistema político impuesto en este país por la familia de los Sa’ud, aliada histórica de EE.UU., ha resultado ser contraproducente para los intereses estadounidenses, pues a fin de asegurarse el control político interno y neutralizar las aspiraciones árabes de los proyectos progresistas y nacionalistas árabes, el régimen saudita ha sido el instigador de una ideología islamista extremadamente conservadora, el *wahhabismo*¹², que gracias a los recursos

¹¹ Paul Wolfowitz, *¿Cuál debería ser la estrategia de EEUU en Oriente Medio?* Instituto Rand, EE.UU., 2002.

¹² El movimiento reformista islámico Wahhabi aparece en el momento en que el Imperio Otomano empieza a manifestar sus primeros síntomas de decadencia a mediados del

financieros que han proporcionado los petrodólares, ha podido extenderse en las últimas décadas en el espacio árabe y en otros Estados de mayoría musulmana, Afganistán y Pakistán principalmente.

Así, al igual como le ocurriera a Jordania en la crisis de 1990-91, el régimen saudí contempla con estupor cómo Washington cuestiona su preeminente papel como histórico aliado regional, que podría ser transferido a un nuevo Iraq reconquistado, en concreto en lo tocante a la gestión del mercado petrolífero mundial. La negativa de Riad a ceder esta vez la base Príncipe Sultán o sus valoraciones sobre la posible fragmentación de Iraq y los beneficios que de ello obtendría Irán (que, a través del apoyo directo que brinda a la fuerza opositora Shií, Congreso Supremo de la Revolución Islámica en Iraq, pasaría a controlar la zona meridional de Iraq), han sido respondidas desde la administración estadounidense con filtraciones a los medios de comunicación sobre la vinculación financiera de la familia real saudí con la red al-Qaeda y la categorización del reino como “enemigo de EE.UU.” en un informe luego matizado por la Casa Blanca. Más preocupante aun es la filtración sistemática en los últimos meses de planes detallados para la división del Reino en tres zonas; se asocia con la creación de un gran Reino Hashemí en Jordania y la parte central de Iraq que podría incorporar asimismo la franja occidental de la actual Arabia Saudita, incluidas las ciudades santas de Meca y Medina¹³.

Palestina es Jordania

En el caso de un ataque militar de EE.UU. contra Iraq, sin sanción del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, a diferencia de lo que ocurrió en la Guerra del Golfo de 1991, Israel intervendrá abiertamente en la guerra, no ya solo en el frente iraquí, sino quizás también contra Hezbollah en Líbano y, sin duda, contra los palestinos en Gaza y Cisjordania, poniendo fin a dos años de Intifada.

Ciertamente, la percepción palestina es que el ataque contra Iraq irá acompañado de una ofensiva final del ejército israelí en Gaza y Cisjordania, que incluirá la eliminación definitiva de las instituciones palestinas surgidas de los Acuerdos de Oslo (1993), quizás la eliminación física –cuando menos política, con un forzado exilio– del presidente Arafat y la expulsión militar (o, como se suele denominar, *transfer*) de un contingente de población palestina que podría alcanzar hasta el medio millón de personas, particularmente de aquéllas que retornaron a las áreas autónomas en estos años, y de buena parte de los habitantes palestinos de la zona

siglo XVIII. Fue un movimiento de renovación política y religiosa que buscaba recuperar la pureza originaria del Islam, volviendo a sus fuentes primarias: Corán y Sunna.

¹³ Wolfowitz, *op. cit.*

de Qalqilia y Tulqarem, lindante con el Estado de Israel y con alta densidad poblacional, a fin de configurar tres cantones palestinos aislados y bien definidos en Hebrón, Ramala y Nablus, tras la anexión de zonas de Belén al área metropolitana de Jerusalén.

Este escenario aparece igualmente recogido en el informe del Instituto Rand, cuyo capítulo dedicado a esta cuestión se titula muy clarificadoramente “Palestina es Israel”, explicitando con ello que el territorio del Estado de Israel (desde 1948 sin fronteras definidas) debe ser entendido en los límites de la Palestina histórica, es decir, el actual Estado israelí más los Territorios Ocupados en 1967, Cisjordania y Gaza¹⁴.

Para ello, en lo que a Palestina respecta, EE.UU. ya ha dado vía libre a Israel para que, tras el fracaso del proceso negociador de Oslo y, con éste, de su pieza clave, el proceso de normalización económico árabe-israelí –es decir, la inserción económica de Israel en la región árabe y de ésta en la economía globalizada–, imponga una solución militar a la Intifada y a la cuestión palestina. Esta *solución*, se ha intensificado desde el 11 de setiembre del 2001 al abrigo de la “campaña contra el terrorismo”, que ha permitido al gobierno de Ariel Sharon y a la administración Bush criminalizar el derecho a la resistencia palestina, identificándola perversamente como terrorismo, cambiando las reglas del juego impuestas hace diez años a los palestinos y anulando los referentes legales alcanzados en Oslo: la legitimidad de la Autoridad Palestina y de sus instituciones ha quedado anulada y son ahora Israel y EE.UU., con la complicidad de la Unión Europea (UE) y de la propia ONU, quienes pretenden designar la representación política palestina imponiendo un proceso de reforma política interna en el peor de los escenarios posibles, el de la represión brutal y el de la ocupación militar israelí. A la espera de que el nuevo ordenamiento regional que abrirá la intervención armada contra Iraq permita reconducir el proyecto más ansiado del sionismo –la consolidación de Israel como potencia militar, económica y tecnológica regional a través de su inserción en el espacio árabe–, Israel gana tiempo y, vía represión y más ocupación, avanza en la ejecución de hechos consumados sobre el terreno para favorecer un nuevo éxodo masivo de población palestina que eufemísticamente se ha denominado *transfer* –que habría de provocarse a la sombra de la guerra contra Iraq y que contribuya a garantizar el control efectivo –territorial y demográfico– de toda la Palestina histórica.

¹⁴ Wolfowitz, *op cit.*

Paco Arnau, Nación Árabe, Madrid - España, verano 2000

Un Reino Hashemita Unificado

La creación de esta nueva realidad jurídico-política supone asumir que el territorio *natural* de un futuro Estado palestino deberá ser la actual Jordania, reactualizando con ello la pretensión histórica del sionismo, que ya desde los años 70 promovió diversos planes en los que se hacía de Jordania el territorio donde se pudieran realizar las aspiraciones nacionales del pueblo palestino. Una “solución final” de la cuestión palestina que pase por Jordania obligaría así, necesariamente, a reformular también la función de la monarquía hashemí, que pasaría a ser el nuevo aliado estratégico árabe de EE.UU. –desplazando a Arabia Saudí y Egipto– junto a Israel.

Derrocado militarmente el actual régimen iraquí, la fórmula sería unificar bajo la monarquía jordana hashemí de Abdallá, los territorios de la actual Jordania y la parte central de Iraq, de mayoría sunní, dejando como “enclaves autónomos” federados a Bagdad las regiones kurda, al norte, y shií, al sur, que son además las áreas de actual explotación petrolífera en Iraq y de máximo interés para Washington. Con ello se alcanzarían al menos dos grandes objetivos comunes a Israel y EE.UU.:

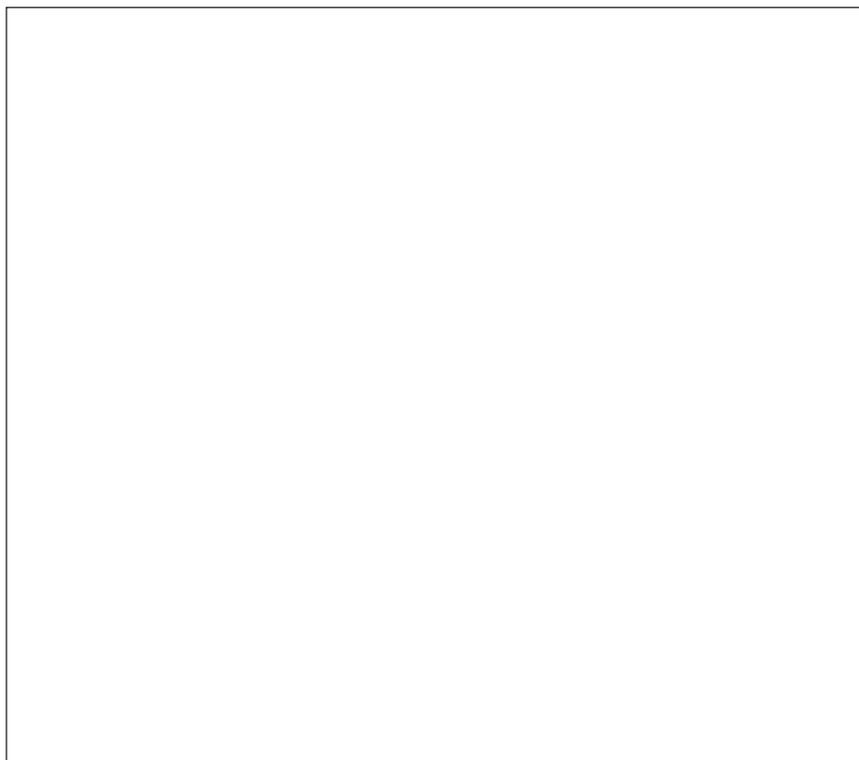
- El primero, encontrar una alternativa “legitimada” para un futuro gran Estado en Oriente Medio bajo control de EEUU, evitándose una guerra civil por el

control del país entre sus comunidades kurda, shíi y sunní. La administración Bush no ha determinado cómo mantener Iraq unificado y bajo control, tras la caída del régimen iraquí, es decir, quién gobernará el país tras la intervención, y desconfía de que un personaje como Ahmad Chalabi, que preside el Congreso Nacional Iraquí (plataforma de grupos opositores financiada por EE.UU. y que incluye, entre otros, a las dos formaciones kurdo-iraquíes UPK y PDK) pueda cumplir tal misión.

- El segundo, permitiría que este nuevo “Reino Hashemí Unificado” mantuviera una mayoría de población árabe sunní, no palestina, pudiendo con ello acoger el nuevo éxodo palestino desde Cisjordania, dado que los palestinos serán minoría demográfica en el nuevo Estado y podrían, con ello, quedar debidamente sometidos. La monarquía hashemí, que hoy reina sobre un Estado de mayoría palestina, no reconocida y en quiebra financiera, pasaría a gobernar sobre una potencia demográfica y económica de primer orden

Este maquinación, que pudiera parecer especulativa, ha sido discutida durante un encuentro entre el príncipe heredero Hasán de Jordania y miembros de la oposición iraquí en Londres el pasado mes de julio, y según fuentes israelíes está siendo valorado seriamente por la administración Bush, siendo sus principales partidarios, el vicepresidente Cheney y el vicesecretario de Defensa Wolfowitz : un gran reino hashemí sería un Estado que otorgaría a EE.UU. un control estratégico definitivo –político, militar y económico– sobre Oriente Medio, desde el cual amenazar a los vecinos Irán y Siria (también en el punto de mira de la “guerra global contra el terrorismo” de Washington) y hacer declinar definitivamente la influencia regional de los antiguos aliados Egipto y Arabia Saudí.

Las entidades kurda y shíi, asociadas a este nuevo Estado pro estadounidense o con un estatuto particular de protectorado, abrirían a las compañías petrolíferas estadounidenses las principales zonas de explotación de crudo del actual Iraq. A fin de garantizar la seguridad en ambos enclaves y su vinculación política con el nuevo reino hashemí –tranquilizando con ello a Turquía sobre un Kurdistán independiente y previniendo a Irán de cualquier veleidad sobre la zona shíi–, EE.UU. podría justificar el despliegue y estacionamiento prolongado de sus tropas en la zona. Ciertamente, Turquía teme que EE.UU. consolide una alianza con los kurdos-iraquíes (especialmente con el partido de Talabani, la UPK) que la margine en este reordenamiento regional que habrá de darse necesariamente tras la guerra. Turquía ha expresado su preocupación ante la creación de una entidad kurda al norte de Iraq, no tanto porque ésta sea inicialmente la pretensión de los dirigentes kurdo-iraquíes que han reiterado su compromiso con un Iraq unificado y buenas relaciones con Ankara, sino a fin también de obtener concesiones territoriales tras la guerra sobre las provincias de Mosul y Kirkuk (Suleimaniyah), con población turcomana, y ricas en agricultura y petróleo, que reclama históricamente como suyas desde el acuerdo anglo-francés de Sykes-Picot de 1916, tema que está siendo tratado como parte de las condiciones planteadas por Turquía a EE.UU. para apoyar la intervención.



Paco Arnau, Nación Árabe, octubre 2002

Un nuevo Sykes-Picot para el siglo XXI

Como puede advertirse, la intervención contra Iraq no solo determinará la sustitución ilegal del actual régimen iraquí por otro aliado de EE.UU., sino un proceso encadenado de cambios que habrá de redibujar el mapa de la zona en función de los intereses estratégicos de Washington. El conjunto de los pueblos árabes de Oriente Medio árabe, si se desencadena la guerra y es derrocado el actual régimen iraquí, está condenado a una nueva y prolongada etapa de dominación imperialista, de recolonización efectiva: un nuevo Sykes-Picot para el siglo XXI¹⁵.

¹⁵ No habiéndose inclinado la balanza a favor de ningún país aliado para decidir las zonas de influencia que las Potencias deseaban repartirse cuando cayera el Imperio Otomano, el gobierno inglés y el mando francés encomendaron a MARK SYKES (experto en asuntos de Oriente) y a CHARLES F. G. PICOT la redacción de un protocolo que sería

La acción de EE.UU. reproduce explícitamente el modelo colonial que a comienzos del siglo XX sumió a los pueblos árabes y a sus aspiraciones nacionales de soberanía e independencia bajo la dominación política, económica y militar de las potencias europeas. La historia se repite ahora ochenta años después. EE.UU. se consolida como potencia hegemónica en la región. La dinámica abierta contra Iraq por la administración Bush significará el desmoronamiento –sin objeción real de la comunidad de naciones– del sistema legal que ha regido las relaciones internacionales desde hace más de 50 años. Ello es relevante, no solo por lo que significa en cuanto a quiebre de un orden que, por lo demás establecido por las potencias occidentales emergentes tras las dos guerras mundiales del siglo XX, ha beneficiado fundamentalmente sus intereses hegemónicos, sino porque anula de hecho todas las normas legales que garantizaron, desde entonces, la inviolabilidad de las fronteras y los principios de independencia y soberanía de los Estados.

ABSTRACT

Professor Chahuán notes the destabilizing strategies that the U.S. practices to hold most of energy resources in the Middle East, while Israel continuously tries to neutralize any potential strengthening of neighboring countries, both aiming to transform the civilization and culture of the region, changing the political and social structures of these states into submissive and divided entities. In Palestine, the aim is to serve purely Zionist interests, while the objective in Iraq is to secure energy sources for America and the imposition of a new world order and globalization. Saudi Arabia could become the next target, as the actual fundamentalist regime has not been able to prevent becoming a center of anti-American activities. What is left of Palestine by Israel could be linked with Jordan and parts of Iraq as the “final solution” of that conflict and become the new ally instead of Saudi Arabia.

refrendado más tarde por Inglaterra, Francia y la Rusia de los zares. En la primavera de 1916 ya había sido conocido por los respectivos gobiernos. Identificado este proyecto con el nombre de Acuerdos SYKES-PICOT, en estos se preveía la distribución de intereses a favor de Francia y Gran Bretaña en el territorio que tendría ‘soberanía’ árabe.